

UN DOMINGO DE GUARDIA

Eran las 8 de la mañana, comenzaba la guardia de domingo, y hacía un precioso día de verano, como tantos otros. Sin embargo era festivo y no podía evitar pensar *yo aquí a trabajar y una gran mayoría de personas disfrutando de la playa, del monte y otras actividades...*

Así pues, era habitual que iniciáramos la guardia de los domingos, quejándonos y compadeciéndonos. *¡Fíjate que día!, ¡oh pobres de nosotros aquí 24h!...* eran muchos de los comentarios habituales que hacíamos entre risas y preparando los primeros cafés de la mañana, al fin y al cabo éramos una pequeña familia que compartía muchas horas y experiencias juntos.

Mientras saboreaba el café pensaba en el equipo de guardia que hoy tenía. Por ser domingo y además debido a las festividades que se celebraban en todos los pueblos que cubría nuestro centro, la población se duplicaba por lo que se reforzaban las guardias. Íbamos a ser dos médicos como siempre, dos enfermeras, cuando lo habitual era tener una, un celador y además el refuerzo de una ambulancia con conductor y camillero las 24 horas. Este domingo les había tocado trabajar a Alex y a Pedro, que por cierto profesionalmente, eran muy competentes. Realmente para ser un servicio de atención continuada a más de una hora del hospital más cercano, no podíamos estar mejor, sobre todo cuando recuerdo mis primeros años de profesión cuando trabajaba de médico rural y estaba sola con un enfermero, sin apenas medios, con mi

fonendoscopio, mi aparato de tensión y una mínima medicación de urgencia.

En esa época tendría la edad de mi querida enfermera Laura, unos 28 años y ya han pasado más de treinta, recuerdo esa etapa con cierta nostalgia y con muchos miedos ante lo que podías encontrarte cuando te avisaban para una urgencia. Miedos que todavía a pesar de los años y la experiencia que vas adquiriendo se siguen teniendo, aunque afortunadamente no se viven con la misma ansiedad e inseguridad del principio.

Encontrarnos con urgencias en las que la vida de la persona puede estar comprometida siempre es duro. A pesar de que estamos acostumbrados a ver el dolor, el sufrimiento y la muerte, eso no nos hace inmunes a las emociones y a sentirnos mal cuando no podemos ayudar.

Me veo a mí misma con mi maletín, mi melena, mi juventud,... Recuerdo el primer día como si fuera ayer, tuve que ir al Ayuntamiento a por las llaves que había dejado el médico al que estaba sustituyendo.

—Buenos días —dije tímidamente— soy el médico nuevo, sustituiré a D. Eduardo, y venía a recoger las llaves de la consulta. Se trataba de un edificio antiguo con aire señorial, del que más tarde me enteré que había pertenecido a un marqués y que su familia lo había cedido al pueblo. Tenía un hall muy amplio, a la izquierda una escalera de piedra con una barandilla hecha de forjado y madera, un gran espejo rectangular incrustado en un marco dorado estilo rococo y un pequeño mostrador a la derecha con un escritorio sobre el que había una máquina de escribir muy antigua. Detrás unos grandes ventanales por los que entraba

mucha luz, iluminando toda la sala y por supuesto un gran cuadro con la figura del rey don Juan Carlos y otro con la de Franco.

Había tres personas, una de ellas era un hombre de unos sesenta años con gafas grandes de concha negra, que me miraba por encima de éstas con un gesto que denotaba entre sorpresa y despiste, tenía una cabeza alargada y estaba medio calvo, la verdad me pareció que tenía un aspecto gracioso.

El que estaba sentado en la mesa del escritorio me miró con una cara totalmente inexpresiva y siguió haciendo lo que estuviera haciendo, que no parecía mucho, y la tercera persona vino hacia mí tendiéndome la mano para estrecharla y me dijo que era el alcalde, que se llamaba Edmundo y con mucho gusto me daba la llave y me acompañaba para enseñarme la casa donde iba a vivir.

Recorrimos varias calles adoquinadas, cercadas a ambos lados por casas de piedra y portones de madera vieja.

—María, ¿me escuchas? María, vuelve aquí, ¡eh!, ¡eh! —
Laura chasqueaba los dedos al mismo tiempo que me llamaba.
Yo escuchaba a lo lejos mi nombre, —María, vuelve.

—¿Qué, qué pasa?, ¡Huy! Estaba ensimismada y me había ido unos treinta años atrás.

—¿Dónde estabas?. —Dijo Laura entre risas.

—Recordaba viejos tiempos, ya te iré contando, tenemos muchas horas por delante, —le dije.

Nos levantamos y fuimos a la sala de enfermería, repasamos la medicación, el carro de paradas, el aparato de electros, el aspirador, el desfibrilador.

—¿Sabes que tenemos refuerzo de enfermería de nueve hasta las quince horas? - dijo Laura.

—Me alegro, sobre todo por ti. ¿Quién viene?

—Viene Patricia.

—¡Estupendo, menudo equipo! Laura, pon sueros a refrescar, nunca se sabe. ¿En verano cuáles son las patologías más frecuentes?, a ver cuáles se te ocurren...

—Ehh, picaduras, golpes de calor...

—Muy bien Laura, te faltan los traumatismos, heridas, hipotensiones, diarreas, intoxicaciones alimentarias... Todo lo relacionado con el calor y con pasar más tiempo fuera de casa y realizar actividades al aire libre. ¡Muy bien!

De repente se oye un frenazo y ruidos apresurados de puertas abiertas, gente gritando, —¡por favor, por favor, que se muere, le ha picado una abeja!— Menos mal que un momento antes Patricia entraba a la guardia y mi compañero Raúl ya estaba cambiándose de ropa.

Salimos corriendo. Jaime, el celador, ya había puesto al señor en la silla de ruedas ayudado por sus familiares y por los compañeros del Soporte Vital Básico que estaban dentro guardando sus cosas en las taquillas y al oír el alboroto vinieron corriendo.

El aspecto del señor no era nada tranquilizador, presentaba una gran palidez generalizada en piel y las mucosas tenían un tono ceniza, estaba frío y sudoroso, al tocarlo sentí esa frialdad marmórea que suelen describir los libros como un signo de riesgo, los ojos apenas entreabiertos con los globos oculares hacia arriba, las pupilas semidilatadas, totalmente hipotónico. Todos estos signos ya me presagiaban que las cosas estaban muy feas.

Tenía el aspecto del que le ronda el ángel de la muerte. En cuestión de segundos estaba en la camilla sin apenas pulsos periféricos, muy sudoroso, la esposa gritando y el padre del

paciente callado, a quien miré fijamente por darme cuenta que era el que más intentaba mantener la calma.

Ese cruce de miradas, no sé porque consiguió darme una cierta tranquilidad que no puedo explicar y en un segundo volví a estar centrada al cien por cien.

—Laura, hay que coger dos vías, una en cada brazo, y sueros a chorro, el paciente esta chocado. Y tú, Patricia, prepara una adrenalina y Actocortina de 100mg para administrar en bolo.

Me había erigido la jefa de la guardia y me situé a la cabecera del paciente mientras ya tenía el ambú en la mano conectado al oxígeno con ayuda de los técnicos sanitarios y ventilando al paciente que apenas respiraba, tras haberle colocado un tubo de guedel.

Comencé a dar las órdenes claras y concisas. Es importante que uno asuma el mando, para que así el personal sepa rápidamente lo que tiene que hacer y no se aturda por la gravedad de la situación.

—Le volví a tomar el pulso. ¡No tiene pulso! —dije con voz fuerte.

—¡Rápido, Alex comienza el masaje!, —¡Pedro conecta el desfibrilador!

Laura y Patricia ya tenían las vías cogidas con los sueros entrando y cargadas las jeringas con adrenalina y Actocortina 100, para administrarlas en bolo.

Tras unos cinco minutos le digo a Laura que administrase otra adrenalina y que fuesen preparando un gotero con Actocortina de 500 para seguir administrándolo en perfusión.

Ya le había dado la orden al celador para que llamará al SAMU. Durante este tiempo el desfibrilador estaba conectado y no indicaba que le diéramos una descarga.

Yo estaba pendiente de ventilarlo, de tomarle el pulso, del desfibrilador, de supervisar todo lo que mis compañeros estaban haciendo, y al mismo tiempo pensaba que habíamos tenido mucha suerte de ser tanto personal en el día de hoy. Estaba saliendo todo bien, las cosas fluían, todos hacíamos las cosas con orden.

No existía el tiempo, era como si todo se hubiese parado excepto nosotros, realizando nuestro trabajo.

Observo que el paciente cambiaba de color a un tono más sonrosado, volví a tomar el pulso y lo percibí —¡qué alegría, Dios mío!— el paciente comenzó a realizar un gesto como de querer moverse.

—Chicos, dejad el masaje, está recuperando, tomad la tensión arterial y la saturación de oxígeno.

—Tiene una TA:70/30 StO2:89%. —dijo Laura-

De repente el paciente comienza a vomitar

—Álex coge el aspirador , ¡rápido¡.

Con la aspiración inmediata, el paciente mejora y comienza a moverse.

—Laura más suero fisiológico.

Ausculto al paciente y tiene latidos rápidos pero regulares, el pulmón tiene buena entrada de aire, —¡por fin¡, éste es el momento mágico que esperaba— dije. El paciente abrió los ojos con una mirada atónita, sin saber lo que había pasado, entonces escuché a Laura.

—Tiene TA: 110/60 y 110p StO2: 92%

Respiro profundamente y me alegro porque el mayor peligro ha pasado, aunque hemos de seguir estando alertas. Lo miro a los ojos y limpiándole el sudor de la cara, lo acaricio —¿cómo se llama el paciente?, ha sido todo tan rápido que no hemos tenido tiempo ni de saber su nombre.

—Se llama Vicente —dijo el celador desde la puerta.

Continué retirándole el sudor, -Vicente, tranquilo, estás bien, te ha picado una abeja y has tenido una reacción muy fuerte, tu familia está fuera y pronto los verás-.

—Hacedle un electrocardiograma, tomar constantes y saturación de oxígeno cada 5 minutos. Mantened la mascarilla ventimask al 25%.

Mientras siguen ellos atendiéndolo, me dirijo hacia la puerta para hablar con su mujer y su padre.

—Cuéntenme tranquilamente qué ha pasado.

El padre es el primero en hablar

—Estábamos en el campo, pues habíamos ido pronto a regar los tomates y nos disponíamos a almorzar, ha ido a recoger los aperos que estaban entre las hierbas y le ha picado una abeja, ha venido quejándose del dolor de la picadura, se ha sentado en la silla, entonces hemos visto que se ponía blanco, a sudar y se caía de la silla, lo hemos cogido e introducido rápidamente en el coche con las ventanillas abiertas para que le diera el aire.

La mujer interviene:

—Lo llevaba cogido de la cabeza y se me iba, apenas me respondía, creía que se moría, que no llegábamos a tiempo, lo he pasado muy mal.

—Sí, ha llegado muy mal y tiene razón, podía haber muerto.

Ante mi afirmación me miran muy serios y con intensidad, todavía son más conscientes de la gravedad. —¿Su marido tiene alergia al veneno de las picaduras de abeja, quiero decir que si alguna otra vez le ha picado alguna o incluso avispas y ha reaccionado con habones o se le pone muy rojo?

—Nunca ha tenido ninguna alergia que yo sepa, mirando a su suegro.

—¿Tiene alguna enfermedad su marido, es diabético, hipertenso o tiene colesterol?.

—No, es una persona sana, lo único malo es que es fumador.

—¿Tiene alergias a medicamentos?

—No, por ahora que yo sepa no.

En ese momento entraron los compañeros del SAMU y tras informarles de todo lo acontecido les presenté a la familia.

—Nos llevamos a Vicente a su hospital de referencia, estén tranquilos que ya se encuentra mucho mejor -dijo la médico del SAMU. Hay que seguir teniéndolo en observación y con control analítico.

Nos despedimos de Vicente y de su familia abrazándonos, pues estaban muy agradecidos.

Volvimos todos a la sala de descanso y nos dejamos caer en las sillas, con la sensación del trabajo bien hecho pero en silencio y agotados mentalmente.

En urgencias como estas, la descarga de adrenalina es tan grande y el estado de atención es tan intenso que al finalizar es inevitable tener un bajón de energía.

Tras un corto periodo de tiempo nos miramos.

—Tengo que felicitaros, trabajar con vosotros en un gusto.

Laura me miraba con cara interrogante.

—¿Qué ha pasado?

—Que hemos salvado una vida

—Sí, ¿pero...?

—Laura, ha sido una reacción alérgica brutal a la picadura de abeja que le ha provocado un shock anafiláctico y una parada cardiaca. Y que gracias a que estaban cerca, que era una persona joven sin patologías importantes, que éramos bastante personal y que ha tenido muy buena respuesta, se ha salvado.

De nuevo el silencio, interiorizando y ensimismados cada uno con sus pensamientos.

Por fin tras atravesar varias calles, llegamos al consultorio. La casa tenía dos puertas de entrada a la vivienda, separadas por una gran ventana, una era la de la consulta y la otra del domicilio. Al entrar a la vivienda me encontré con un vestíbulo pequeño, una escalera enfrente que subía al piso de arriba donde estaban las habitaciones y el baño, a la izquierda la sala de estar con una chimenea hecha de piedra que invitaba a quedarse, otra habitación contigua que era la cocina y a la derecha una puerta que comunicaba con la consulta. Al entrar, lo primero que llamaba la atención era el escritorio de madera en el que había un aparato de TA, un fonendoscopio, varios libros, blocs, bolígrafos, medicamentos y diversos papeles, apilados y ocupando más de un tercio de la mesa, tuve la sensación de un desorden perfectamente ordenado.

A la derecha estaba la camilla y una vitrina muy antigua con bandejas, bateas... me fijé en unas cajas de metal viejo y oxidado, al abrirlas encontré unas jeringas de cristal y otras de metal con un

cilindro interior de vidrio de varias formas y tamaños con sus correspondientes agujas.

Siempre que me encontraba con instrumental antiguo, me embargaba una emoción de melancolía y curiosidad, De niña había visto muchas veces al médico del pueblo donde nacieron mis padres, cuando íbamos a pasar el verano, poner a hervir las jeringas y agujas en un recipiente, tras lo cual las colocaba con sumo cuidado sobre las gasas que revestían el interior de las cajitas.

D. José se llamaba, tenía mucha amistad con mi abuelo, por lo que me dejaba pasar horas en su casa, a mí me encantaba ver como trabajaba y escuchar sus historias.

Me parecía muy respetuoso que Eduardo conservara este material, como una ofrenda a la medicina, a su evolución, recordarnos que lo que ahora nos parece tan fácil, como retirar el envase, usar y desechar, ellos lo tenían que hacer todo, eran artesanos “con poco, hacían tanto”.

Continué recorriendo la estancia, miré los libros de medicina de diferentes ediciones que estaban en la estantería y una cajonera con llave en la que se guardaban las recetas, medicamentos y los cuños, de la que Eduardo me había insistido en mantenerla cerrada.

En la esquina de la sala, una pila pequeña con un estante encima que contenía una batea y dentro la jeringa de quitar tapones de cera, un otoscopio...

Al lado del escritorio un fichero, lo ojeé, y contenía las fichas médicas de las gentes del pueblo. –En esa época no había ordenadores y había que escribirlo todo a mano.

Tras finalizar mi primera toma de contacto con la consulta. Miré a mi alrededor y me sentí muy bien, la casa, era acogedora y

sobre todo pensar en el fuego de la chimenea me reconfortaba, ya que era otoño, y en breve comenzaría a hacer frío.

—No se preocupe doctora, que leña no le faltará para encender la chimenea, en este pueblo hace mucho frío en invierno —parecía que Edmundo me había leído el pensamiento— ¿Puedo llamarla por su nombre? Es usted tan joven.

—Pues claro y además sin *doctora* y sin *doña*.

—Dicho está, lo que necesites, en el Ayuntamiento estamos a tu disposición.

—Gracias Edmundo, es usted muy amable.

—Háblame de tú —dijo con los brazos abiertos y con aire risueño.

—Claro ¡jajaja!.

El alcalde era un hombre de mediana edad muy cordial y dispuesto, estaba casado y tenía dos hijos, me contó casi toda su vida durante el trayecto y me habló de los vecinos, decía de ellos que eran serios al principio, pero gente muy acogedora y sencilla, que seguro que acabaría haciéndome con ellos y tomándoles mucho cariño. En invierno sólo vivían unos seiscientos vecinos y se duplicaba en verano.

A la mañana siguiente empezaría la consulta, ese pensamiento provocó un cosquilleo en mi barriga por los nervios y una sonrisa salió de mi interior. ¡Por fin iba a ejercer de médico rural!.

—¿Me puedes decir en qué piensas? —dijo Laura.

—Pensaba en mi época de médico rural. Ante una urgencia grave, lo pasabas mal, llamabas a la ambulancia, entonces eran vehículos que no estaban dotados del mínimo material y cuando se

llevaba al paciente, rezabas para que la persona no se muriese por el camino.

Ahora tenemos más medios, más coordinación, podemos ayudar mucho más en el lugar donde se produce la urgencia, pero hay algo de lo que teníamos entonces que, en mi opinión, se está perdiendo, es esa proximidad y sobre todo tener tiempo, para hablar y comunicar.

Los conocía y ellos a mí, esa cercanía generaba una gran confianza, ahora sin conocer al paciente tienes acceso a toda su historia clínica con sólo entrar en el ordenador, cosa que está muy bien, pero no sabes nada sobre su historia personal, la convivencia con su familia, sus vecinos, su trabajo...

—Todo lo que dices es cierto, pero yo no podría estar en un pueblo 24 horas todos los días.— Dijo Laura interrumpiendo mi discurso—

—Tienes razón y ahora pensar en volver a eso, es casi inconcebible, pero Laura, realmente ser médico rural era elegir además de una profesión, una forma de vida, era una medicina más humanista, más de contacto con el ser humano.

—Es una buena reflexión, pero sigo pensando que es muy duro, sobre todo la atención a la urgencia, con tan pocos medios.

—Insisto, en nuestra profesión es importante los medios, pero es fundamental empatizar. Tener la capacidad de ponerse en el lugar del paciente facilita el acercamiento, la confianza, y si consigues todo esto serás capaz de explicar y hacerte entender.

—Hoy estás muy espiritual y trascendental, debe de ser la guardia de domingo y cómo la hemos empezado. —dijo Laura.

—Sí, tienes razón, estoy melancólica, pero sobre todo esencialista y trascendental. No hemos de olvidar nunca de donde

venimos, hemos de conservar en la memoria y rendir homenaje a ellos, a esos médicos rurales anónimos, que se esforzaron por mantener la salud de sus pacientes, somos el resultado de “ese buen hacer”

—Vale, creo que tienes razón, pero cuéntame alguna anécdota graciosa de esa época. —Sonríe Laura, en un afán de trivializar o por lo menos eso me parece, pero pienso que es joven y le cuesta entender lo que no ha experimentado—.

—Por supuesto, y tengo muchas para contarte. —dije, devolviéndole la sonrisa—

Se oyen los pasos del celador que viene hacia la sala de estar, nos miramos y levantándonos, recordamos que la jornada continúa y que seguramente había pacientes que visitar.

Entré en la consulta, respiré profundamente y me sentí muy afortunada por haber desempeñado la profesión de médico rural durante tanto tiempo. Tras unos segundos, agradecí conservar en mi memoria recuerdos tan hermosos que poder recuperar y compartir con mis compañeros en las largas guardias de los domingos.